

## PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

¿Por qué fascinan las historias de espías? ¿Qué hay de realidad y de mito en todo ello? ¿Podemos desentrañar las sombras que históricamente han rodeado este controvertido mundo?

Estimado lector: mencionar los términos espía, espionaje, servicios secretos y de inteligencia implica una cierta atracción por lo oculto, por el misterio morboso de una actividad tan antigua como el mundo. Sin embargo es conocida casi siempre en líneas muy generales con tópicos y estereotipos repetidos y compartidos durante décadas hasta la saciedad. ¿Qué es y qué no es el libro que tienes en tus manos? Si buscas acercarte desde la Historia a las actividades de inteligencia, encontrarás numerosos ejemplos sin perder de vista el componente metodológico y sistemático. Por el contrario, no encontrarás una recopilación de historias o anécdotas de espías a modo de relatos de hazañas glamurosas, misiones excitantes y peligrosa tecnología. Comprender la esencia de la Inteligencia requiere detenerse con respeto y detalle en su evolución temporal, transitar por siglos hasta culminar en nuestros días.

«Algunas cosas sólo pueden ser conocidas por medio de los espías. Su necesidad es tan evidente que parece pueril motivarlo».

Estas reflexiones publicadas por el general Lewal en su manual sobre técnicas de inteligencia de 1883 constituyen una de las más acabadas y tempranas contribuciones acerca del valor de la información secreta en la Edad Contemporánea. En realidad no fueron las únicas, ni las más importantes. Ni tampoco las primeras. La abundante tratadística militar y diplomática disponible desde el siglo XV en adelante había alcanzado en los umbrales del siglo XX una madurez suficiente para plantear con bastante acierto el histórico asunto de los espías, la información y el secreto. Es más, aquellas aparentemente innecesarias motivaciones por explicar la conveniencia histórica de la inteligencia y el espionaje, similares a las de George Washington acerca de lo tedioso que resultaba demostrar la utilidad de sus espías, no me parecen hoy en día tan pueriles. Más bien todo lo contrario.

Siglos atrás, en plena Guerra de los Treinta Años e iniciado ya el declive de la Monarquía Hispánica, Pedro Fernández Navarrete dejó anotada en su *Conservación de monarquías y discursos políticos* (1626) la siguiente reflexión: «ya que los príncipes no podían con solos dos ojos, dos orejas, dos pies y dos manos verlo todo, oírlo todo, andarlo todo y obrarlo todo, suplían esta falta teniendo muchos consejeros, que les sirven de ojos, de orejas, de pies y de manos». En ella se sintetizaba una práctica que desde antiguo aunaba la prudencia política del príncipe, la necesidad de consejo y la disponibilidad de contar con medios que le aportasen un conocimiento anticipatorio para garantizarle una decisión ventajosa. Las inevitables distancias en la transmisión de información no fueron obstáculo para que todas las Monarquías dispusieran de informes, avisos y relaciones secretas de lo que acontecía dentro y fuera de sus fronteras, si bien el tiempo que se tardaba en recibir la información por fuerza afectaba al proceso de toma de decisiones. Casi cuatro siglos después, armado de infinita paciencia, una portentosa habilidad informática y un programa de rastreo de aquellos sistemas que tuvieran su clave de acceso en blanco, Gary Mckinnon conseguía infiltrarse de manera fraudulenta en noventa y siete sistemas de alta seguridad. Al más célebre *hacker* de todos los tiempos se le acusaba de haber obtenido fotos ultra reservadas de la NASA, desarrollos de sistemas de armas to-

talmente experimentales, secretos militares y energéticos que le supusieron en 2007 una orden de extradición del Reino Unido a Estados Unidos. Casi al mismo tiempo, el Pentágono solicitaba al portal Google Earth la retirada de numerosas imágenes de zonas e instalaciones de alta sensibilidad para la defensa de Estados Unidos, puesto que desde hacía tiempo se había detectado un uso continuo de esta herramienta por parte de grupos terroristas para localizar objetivos y elaborar su propia inteligencia de imágenes.

El secreto excita la imaginación de los hombres y la cara oscura de la acción del gobernante ha ejercido una fascinación secular unida a un temor real basado en las capacidades de control, vigilancia y coacción por medio de la información. En el entorno actual de tecnología omnipresente, globalización e interconexión mundial, los escándalos por espionaje siguen generando audiencia y, sobre todo, alimentan el tradicional morbo que ha suscitado siempre cualquier asunto referido a los espías y su mundo envuelto en claroscuros y mitos. Directivos de éxito que venden secretos a sus competidores, sustracción de ficheros confidenciales, mecánicos y jefes de diseño de escuderías de Fórmula 1 que disponen de información privilegiada y la suministran a los rivales, tramas de espionaje político, etc. Incluso en el ámbito privado el espionaje ha alcanzado una importancia y actualidad realmente sorprendente: jefes que descubren secretamente los sitios web a los que se conectan sus empleados, maridos y mujeres que sospechan de sus respectivos cónyuges y les someten a verdaderas operaciones de interceptación de comunicaciones con la instalación de toda una batería de programas de bajo coste que transmiten información en tiempo real de lo que el sospechoso o sospechosa está haciendo con su ordenador, nuevas modalidades de espionaje acústico mediante la identificación del sonido de las teclas del ordenador, medidas de vigilancia y control en núcleos urbanos mediante vuelos de aviones no tripulados de aeromodelismo equipados con mini cámaras de observación, etc. Al mismo tiempo, también las organizaciones terroristas de todo signo y condición acuden a la gestión de la información para identificar objetivos, preparar sus atentados y recopilar numerosos datos con los que poder planificar sus acciones. Es conocida la pericia en la ob-

tención y recuperación de información abierta por parte de grupos terroristas islamistas y, recientemente en España, la sentencia condenatoria del sumario 18/98 sobre las tramas civiles de ETA ha permitido conocer más detalles de la oscura organización «Sareea» (la red), desmantelada en 1994 y considerada como un servicio de información y espionaje dentro de la propia banda. Ésta se dedicaba a leer concienzudamente, elaborar dossiers y organizar información procedente de semanarios, revistas de información general, boletines oficiales e incluso prensa del corazón para elaborar listas de miembros de las Fuerzas Armadas y Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, poner cara a posibles objetivos, identificar sus lugares de residencia, vehículos, entorno familiar, ascensos profesionales, medios de seguridad, etc. Incluso los documentos de entidades financieras u organismos públicos arrojados sin destruir a los contenedores de basura eran objetivo de rastreadores etarras encargados, eso sí, bajo disfraz de charreros o mendigos, de recopilarlos, analizarlos y explotarlos con fines de extorsión, secuestro o asesinato.

Paralelamente a todo ello, la inquietante dimensión que introduce la vigilancia planetaria con el control global por medio de la información parece reeditar continuamente el mito del «Panopticon», o torre de vigilancia omnímoda en la que derechos y libertades afrontan su particular desafío. Leyes como las aprobadas recientemente en Alemania para permitir a policías de la Oficina Federal de Investigaciones Criminales (BKA) emprender acciones preventivas dirigidas al ámbito de las comunicaciones privadas (escuchas, videovigilancias, acceso a ordenadores personales), no hacen sino reavivar la problemática del binomio seguridad-libertad. En suma, los asuntos del espionaje no sólo mantienen su vigencia sino que, en nuestra era de la información, se tornan absolutamente determinantes.

Desde los albores de la Historia, hacer de la información secreta un elemento imprescindible para despejar la toma de decisiones en toda la extensión del ejercicio del poder fue algo consustancial al propio desarrollo de la política interior y exterior de las naciones y estados, revestidos desde la Antigüedad bajo las más variadas formas de gobierno. Repúblicas, monarquías, dicta-

duras o democracias, todas implantaron sus particulares estructuras de obtención y procesamiento de información secreta, pagaron a sus espías y dirigieron con mayor o menor acierto y agresividad las políticas de información al servicio del Estado. Reducir la incertidumbre por medio del conocimiento de los riesgos, peligros y amenazas, o alcanzar el dominio informacional de una situación contribuyó a obtener ventajas económicas, posiciones dominantes en una mesa de negociaciones o victorias decisivas en el campo de batalla. Por todo ello, llegar al conocimiento de quién es el enemigo, qué hace y qué puede hacer obligó siempre a destinar medios humanos y materiales que consiguieran hacer de la información secreta un recurso inestimable. Ésta debía orientarse hacia la estimación de sus capacidades reales o hipotéticas y, lo que siempre fue más determinante, sus intenciones a través de la minuciosa observación de sus movimientos, el metódico análisis de los datos y la eficaz organización de toda la información pacientemente acumulada. El estudio y elaboración de hipótesis sobre los posibles escenarios de amenaza de toda índole, no sólo militar, requirió una gran cantidad de información para hacer frente a las variables de lo que podía suceder. Una instrucción francesa de 1939 sobre inteligencia y observación declaraba en sus primeras páginas que el conocimiento del enemigo constituía uno de los elementos principales de la decisión del jefe y toda inteligencia era, en suma, una síntesis explotable de cualquier conocimiento que pudiera determinar o modificar su decisión. Hoy en día, la evolución de un determinado acontecimiento, las posibilidades de que determinada acción ocurra en virtud del análisis de multitud de variables y la capacidad de comprender el contexto futuro de los acontecimientos, marca la división entre una inteligencia clásica de carácter reactivo, e incluso proactivo, a una de carácter prospectivo, marcada por las pautas que marcan los estudios científicos de futuro o prospectiva.

A lo largo de los siglos, las estructuras de inteligencia, bien fuesen de exclusiva naturaleza militar, diplomática, política o económica, convivieron de forma coordinada o, por el contrario, aquejadas de una superposición de organismos, duplicación de objetivos, funciones y malgasto en la asignación de recursos eco-

nómicos. Por otro lado, además de penetrar de forma encubierta en los designios del enemigo y obtener los secretos ocultos de rivales y adversarios, uno de los cometidos naturales de cualquier estructura de inteligencia fue impedir que, a su vez, objetivos, planes y secretos propios fuesen descubiertos por el enemigo. Las tareas de inteligencia no podían, por tanto, entenderse sin su reverso inexcusable: la contrainteligencia, el contraespionaje y la contrainformación.

Sin embargo, ejemplos de la historia en los que la información demostró toda su validez y eficacia fueron muchos otros además de los campos de batalla. El ejercicio del gobierno necesitó por igual de «inteligencias secretas» en el fragor del combate por todos los rincones del mundo, en los despachos de las secretarías de embajadas rivales; en los escritorios de ilustres ministros extranjeros; en los pasillos de la curia romana cardenalicia, en los salones de pasos perdidos de las cortes europeas, en las tertulias ilustradas, en puertos, tabernas, lonjas, arsenales y atarazanas, e incluso en las alcobas de ministros y secretarios. Tanto en tiempo de guerra como de paz se procedió a hacer de la inteligencia un recurso constante, actualizado continuamente y disponible ante cualquier eventualidad en la que un monarca, un presidente o un órgano responsable del proceso de toma de decisiones requiriesen esa acumulación ordenada de informaciones con las que poder decidir con mayor acierto. Todo era información, pero no sólo eso. Había que escuchar y observar pacientemente, registrar y transformar la información en bruto en un conocimiento elaborado, preciso y útil. Informes, relaciones, planos, mapas, fotografías, cartas cifradas, mensajes de correo electrónico, etc., eran y son el resultado documental de este trabajo. Procesar la información contenida en estos documentos, valorarla, analizarla, e interpretarla fueron fases previas necesarias a la elaboración formalizada de todo ese nuevo conocimiento que se iba formando en el transcurso del proceso. Finalmente, éste debía ser comunicado con la rapidez necesaria para garantizar una toma de decisiones a tiempo. Todo ello requería también su forma y método como correspondía a un perfecto especialista en tareas de información, espionaje e inteligencia. Sin embargo, por la trascendencia del

asunto surgía al mismo tiempo una corriente de pensamiento que, con fuerza desde el siglo XVII, reflexionaba sobre las implicaciones éticas y morales del uso de espías en tiempos de guerra y de paz o sobre la consideración filosófica acerca de los medios empleados, entre ellos la estratagema y el engaño, para alcanzar los fines vinculados a la Razón de Estado.

En suma, espías, códigos secretos, mensajes ocultos, identidades falsas, información estratégica, confidentes, diplomacia secreta, operaciones encubiertas, fuentes de información, exploradores, satélites o correos interceptados alcanzaron su protagonismo en la toma de decisiones militares, políticas o económicas y se integraron en el conjunto de medios, capacidades y recursos para averiguar desde tiempo inmemorial lo que el duque de Wellington llamaba simbólicamente «lo que hay detrás de la colina».

Las primeras motivaciones para escribir este libro surgieron de la conveniencia de arrojar luz sobre la evolución histórica de la información secreta, sus raíces conceptuales, su necesidad o sus métodos y operaciones. Junto a ésta, existió una poderosa razón práctica nacida de la necesidad de organizar reflexiones, imágenes, y textos recopilados con fines de docencia. El estudio científico-histórico de la inteligencia se iba haciendo efectivo en miles de folios, cientos de carpetas, abundantes fotocopias de documentos originales, imágenes, grabados y manuales que había ido adquiriendo, recopilando, leyendo, analizando y sintetizando desde hacía años como una de mis líneas de investigación dentro del Instituto Juan Velázquez de Velasco de investigación en Inteligencia para la Seguridad y la Defensa de la Universidad Carlos III de Madrid. De todo ello, convertido ya en aventura fascinante, tratan estas líneas. Poco a poco el espectacular avance de estos estudios y el incremento sustancial de la literatura científica sobre los más variados aspectos de la inteligencia constituían una base sólida y un punto de partida suficiente.

Sin embargo, el análisis de esta producción bibliográfica, así como los resultados de la investigación generados hasta la actualidad, me hicieron constatar con creciente preocupación una ausencia en la cada vez más relevante producción científica española en torno a la información reservada o al denominado

espionaje al servicio del Estado. Esa carencia particular tenía su base en la escasez de obras de conjunto que abarcasen una evolución integral del conocimiento reservado, sus medios, teorías, prácticas y representaciones desde una perspectiva histórica amplia y que pudiese llegar al lector no especializado sin perder el rigor académico. A lo largo de los siglos, referirse al concepto de inteligencia es hacerlo simultáneamente a los de prevención, anticipación, vigilancia, control, espionaje, protección de la información y conocimiento del adversario, del rival político, militar o económico. También a los medios conducentes a penetrar en sus procesos de toma de decisiones y comportamiento en todos los órdenes, y aquellos que tratan de impedir que ese mismo adversario penetre en los propios, incluyendo el engaño y el enmascaramiento si fuese necesario.

A la hora de organizar, seleccionar y clasificar todos los materiales existentes sobre la historia de la inteligencia, sin más límites cronológicos o geográficos que los impuestos por la actualidad inmediata, se planteaba un reto ciertamente abrumador. El peligro de la sobreabundancia de datos, el temor a la obligada exhaustividad y la preocupación por una exposición equilibrada entre fondo y forma han marcado la planificación del trabajo durante los años en que he estado redactando hasta llegar a su versión actual. Sin embargo, en el procesamiento y estudio de todos estos datos subyacía una hipótesis central que habría de ser la columna vertebral de estas páginas: comprobar hasta qué punto las tareas y directrices conducentes a la obtención de informaciones secretas, reservadas o abiertas, procesadas y utilizadas para hacer posible el ejercicio del poder constituyeron una constante en la historia de la Humanidad, un elemento central consustancial al gobierno político, económico y militar desde la más temprana Antigüedad.

En el desarrollo de este libro he querido privilegiar un planteamiento no basado sólo o exclusivamente ni en el espacio ni en el tiempo sino en la operatividad en materia de inteligencia; es decir, en sus funciones, misiones, medios, recursos y objetivos, más que en épocas o en países concretos. No se trata tampoco de una historia del espionaje ni una colección de anécdotas de relati-

va fascinación acerca del siempre misterioso mundo de los espías. Frente a una exposición únicamente lineal y cronológica que abarcase la historia de la inteligencia de una forma arbitrariamente dividida sólo por épocas, opté finalmente por articular el estudio histórico de la inteligencia secreta a partir de las principales operaciones integradas en ese proceso de generación de nuevo conocimiento. El conjunto de fases, principios y funciones verificadas en épocas y lugares muy dispares también contribuyeron a renovar el carácter perdurable, la actualidad y la necesidad constante de elaborar buena inteligencia con independencia de su co-ordenada geográfica y cronológica. Todos estos factores, constituyen el mejor argumento para reforzar el carácter atemporal de la inteligencia como actividad inherente a la propia Humanidad. Así lo he entendido.

En definitiva, este libro propone adentrarnos desde la Historia en el estudio de la inteligencia y el espionaje como objetos de atención científica. Conocer para tomar la decisión más acertada en virtud de la información obtenida, procesada, analizada y servida configuró desde la más remota Antigüedad lo que conocemos hoy en día como inteligencia, asociada para siempre a un tipo específico de conocimiento secreto aplicado a la seguridad y la defensa. Es más, adquirir ese conocimiento previo era no sólo un medio para alcanzar la victoria, sino incluso, una obligación que distinguía al jefe militar prudente y al político virtuoso de los impetuosos y descerebrados. Según refería el padre Salvador de Mallea en su *Rey Pacífico y gobierno de príncipe católico* (1643), «es medio de la prudencia prevenir las cosas futuras». Sorprender o ser sorprendido, alcanzar una ventaja competitiva o perder la superioridad de información, lamentar la incapacidad por no poner coto a las «acometidas» de los enemigos que conseguían penetrar en los designios del príncipe, formaron parte de la dinámica habitual en organizaciones, empresas, gobiernos y, por qué no decirlo, cualquier ámbito en el que el ser humano compitiera, negociase, estableciese alianzas o desencadenase hostilidades con rivales o enemigos.

Es cierto, como ha señalado Sébastien Laurent, que la historia de los organismos de inteligencia no puede entenderse fuera de

su contexto administrativo y político, e incluso es conveniente reflexionar, como él hace, por los intrincados mecanismos de la politización de la inteligencia y del diseño de políticas nacionales de inteligencia<sup>1</sup>. La consolidación del estado moderno burocrático en el siglo XVI puso los cimientos de la racionalización de los procedimientos, de la especialización por sectores de actividad de la acción del Estado. La moderna reglamentación y normalización de su actividad, así como la plasmación de todo ello en documentos, también afectó, como no podía ser de otra forma, a las tareas de información, seguridad y salvaguarda del secreto como parte de esa misma administración.

Esa administración me condujo por fuerza al estudio de la concepción y diseño de las estructuras de información e inteligencia, bien fuesen oficinas imperiales, divisiones militares, servicios democráticos, policías políticas o comunidades de inteligencia como una constante histórica cuya formación ha transitado de forma paralela a la propia historia de la civilización hasta nuestros días. De hecho, los principios generales, así como la metodología de naturaleza intelectual o científica que rigen la función, objetivos y elaboración de inteligencia se mantienen prácticamente sin variación desde hace siglos. Indudablemente, los medios técnicos y tecnológicos empleados han propiciado una mayor rapidez, una mayor capacidad y rapidez de almacenamiento, procesamiento, acceso y diseminación de la información. Por no hablar de las capacidades de cifrado que otorga la moderna criptografía digital o las impresionantes estaciones y aparatos de interceptación electrónica de las modernas telecomunicaciones. También los ordenamientos jurídicos, en los que se desenvuelve la función de inteligencia, evolucionaron a través de formas de gobierno dispares hasta que las modernas democracias se fueron consolidando en el siglo XX. Los historiadores profesionales argumentarán que cada época ha tenido su particular idea de lo que espías e inteligencias debían ser o hacer. Es cierto, pero por encima de épocas y particularidades, principios, fundamentos y base de la información secreta pueden ser abordados como un *continuum* temporal. Dicho

---

<sup>1</sup> Sébastien Laurent, 2004.

de otro modo, las características centrales que rodean a la inteligencia, así como los principios que le dotan de naturaleza científica, se mantienen, como decimos, prácticamente inmutables: la fiabilidad de las fuentes de información, las dificultades de su obtención, la pertinencia de su contenido, la búsqueda de soluciones técnicas a la sobreabundancia de datos, la exhaustividad y la puesta a disposición del órgano decisor en el momento y en el tiempo adecuado, las capacidades intelectuales del analista, el perfeccionamiento de las secuencias de fases conducentes a la creación de inteligencia, etc. Todas ellas son elementos determinantes que continúan en nuestros días definiendo el trabajo de inteligencia.

Por otra parte, a la hora de abordar una cuestión tan especial como es el mundo de la información secreta, el mito del espía que se afianzó en el colectivo social durante el siglo XX impedía a veces desligar la aventura de la realidad. Pastor Petit afirmó que el XX había sido el siglo de los espías y de los astronautas. Es cierto que la Historia aporta innumerables episodios de valor, arrojo, traición, patriotismo, grandeza y miseria humana en torno a la información y al espionaje. Espías aventureros que han despertado la admiración durante siglos, convertidos en mitos como los viajeros incansables Domingo Badía «Alí Bey», Théodore de Lascaris de Vintimill, el singular capitán Richard F. Burton, espía, políglota, científico y resultado típico del Gran Juego británico, Trebitsch Lincoln, o el más afamado de todos: T. E. Lawrence; patriotas, agentes dobles o triples, arrepentidos, renegados o arrastrados al mundo de la inteligencia por intereses muy diversos, fueron prototipos habituales a lo largo de los siglos. Junto a ello, el consustancial secreto que define a todo servicio de inteligencia promovió la falta de transparencia y, consecuentemente, el temor, cuando no miedo o terror, hacia sus oscuras actividades. Mucho más en el caso de regímenes totalitarios donde no existe separación entre servicios de inteligencia y policía política. El caso de Rumanía es, por ejemplo, revelador de esta circunstancia. Casi veinte años después de la caída del tirano Ceausescu, la desclasificación de miles de expedientes procedentes de los archivos de la odiosa *Securitate* revelan hasta qué punto el país fue objeto

del espionaje masivo. Informadores de toda condición, ocupación e incluso edad fueron suministradores cotidianos de datos sobre sus vecinos, amigos, hermanos, padres e incluso hijos. Medio país espiaba e informaba sobre el otro medio. Incluso los compañeros de clase en el colegio, cuando ni siquiera habían cumplido los quince años, eran confidentes habituales de la policía política rumana informando sobre las costumbres de sus compañeros de pupitre, en una suerte de espionaje juvenil sin parangón. El cine ha reflejado recientemente estos escenarios en acertadas películas como *La vida de los otros*, para el caso de la República Democrática Alemana y su aparato político de espionaje bajo la atenta mirada de la *Stasi*.

En otro momento del siglo XX, la psicosis despertada en los Estados Unidos antes, durante y después de la II Guerra Mundial en torno al sabotaje orquestado por espías al servicio del Eje en territorio americano fue calando hondamente hasta convertir los casos de espías en un asunto sucio, vergonzoso, desagradable e inquietante, convenientemente aireado y magnificado por la prensa sensacionalista de la época. Todo ello iría abonando periódicamente las teorías cíclicas sobre la conspiración mundial que, durante la Guerra Fría, alimentaría el miedo socialmente generalizado a la amenaza soviética en un bloque y al enemigo capitalista en el otro. En esta lucha entre bloques, el frente de los espías alcanzaría una relevancia nunca vista hasta entonces y propiciaría que ciudades como Berlín, Roma o Viena se convirtieran en lugares indeleblemente unidos a la historia y a las actividades de los servicios de inteligencia. En sus calles y edificios, el nivel de soterrado enfrentamiento entre unos y otros fue un indicador preciso de las tensiones a las que se veía sometido el reparto de influencia en el mundo de la postguerra.

Pero el conocimiento real del mundo de la inteligencia quedó pronto sometido a la natural cautela y singularidad del propio concepto. La inmensa mayoría de los resultados del trabajo de inteligencia ha permanecido oculta bajo el manto de la necesaria discreción y secreto en aras de preservar su eficacia y operatividad. Pese a ello, las políticas de desclasificación periódica de documentos en algunos países ayudan a reelaborar etapas históricas y a poner orden en episodios comúnmente aceptados como verí-

dicos. Por otra parte, es ya habitual que los medios de comunicación sólo mencionen el mundo del espionaje cuando hay fallos de coordinación, misiones abortadas, oscuras maniobras de agitación, propaganda y desestabilización política o escándalos de todo tipo. No olvidemos que la fórmula de la búsqueda a ultranza de mayores índices de audiencia audiovisual (actualidad + morbo) sigue marcando la realidad mediática. Es más, con frecuencia, el conocimiento que la gran mayoría de la sociedad tiene de lo que un servicio de inteligencia es y representa, difícilmente supera un estereotipo confuso y reduccionista. La defensa del hermetismo y la cultura del secreto han condicionado durante décadas el conocimiento real que de estos organismos tenía el ciudadano común. Como consecuencia inevitable, la cultura popular, televisiva o cinematográfica han sido, en general, las únicas referencias incompletas y la vía habitual (deformada por la ficción, o, quien sabe, intencionadamente desdibujada por los propios servicios secretos) de formarse una idea común acerca de lo que un organismo de inteligencia es y realiza. Si a ese pobre conocimiento real de una actividad inserta en los resortes de la acción de gobierno de cualquier país, se suman noticias periódicamente publicadas acerca de presuntas transgresiones flagrantes de la ley, se concluye que la información de la que dispone la ciudadanía sobre estos asuntos sea manifiestamente mejorable. Un secretismo que, por otra parte, podría hacer pensar que la actividad de inteligencia está aquejada peligrosamente de cierta laxitud democrática, misteriosamente vinculada a las actividades de represión, tortura, extorsión o violación de derechos fundamentales, hasta convertir la organización de la información o el control de la sociedad, por medio de ésta en la única actividad de estos organismos. Por el contrario, los servicios de inteligencia no son entes autónomos, invisibles ni situados al margen del ordenamiento jurídico ni de los gobiernos de los que dependen y de quienes reciben las directivas, las órdenes y las instrucciones sobre las prioridades informativas que deben acometer. No al menos en sistemas democráticos plenamente asentados como es el caso de España, donde la profunda reestructuración del sistema nacional de inteligencia llevada a cabo en el año 2002 condujo a la sustitución del

anterior CESID por el actual CNI. Éste se basa en una sólida base jurídica cimentada en varias leyes y disposiciones que regulan los controles políticos, judiciales previos y económicos. Todos ellos hacen de esta regulación uno de los sistemas jurídicamente más garantistas de toda Europa, y un ejemplo dentro de los mecanismos de control democrático de los organismos de inteligencia. Por tanto, la cultura de inteligencia, como concepto amplio dentro de una sociedad, se imbrica inevitablemente en la cultura democrática de los propios organismos de inteligencia que configuran, a su vez, las comunidades de inteligencia nacionales. En última instancia, se debe abandonar la concepción de tabú de todo lo relacionado con la inteligencia secreta para convertirse en una materia objeto de discusión académica y reflexión científica.

Sin embargo, como digo, los éxitos cotidianos de un servicio de inteligencia quedan sometidos a la callada (y necesaria) disciplina y al rigor profesional. Hablar de inteligencia y espionaje (aunque, como veremos, no sean términos sinónimos) es también aludir a las innumerables aventuras, peligros fascinantes, misiones imposibles llenas de glamour y exotismo, hombres y mujeres excepcionales, agentes secretos seductores, arrogantes e irónicos, capaces de afrontar cualquier peligro y salir indemnes, de emplear inventos y máquinas nacidas de los más siniestros y cautivadores laboratorios tecnológicos, en los que la captación de comunicaciones o la capacidad miniaturizadora de cualquier artilugio cotidiano haría las delicias de los fetichistas del espionaje. En suma, hablar de espías siempre ha pagado un peaje motivado por las tradicionales dosis de curiosidad morbosa alimentada por el cine, la televisión y las novelas de espías, buenas y malas. Incluso el tema ha propiciado museos dedicados monográficamente, como el de Washington, o nada menos que parques temáticos como el que se prevé inaugurar (Spyland.net) durante 2009. Iniciativas de dudoso gusto, como los viajes organizados dentro del turismo de guerra en Israel, en cuyo desarrollo se ofrece la posibilidad de hablar con agentes infiltrados, ex responsables de células de inteligencia o responsables militares de la lucha contraterrorista, también comienzan a florecer como negocio. Por ello, tratar de apreciar en su justo valor esa imagen estereotipada del mundo de

la inteligencia y situar la objetividad de su evolución histórica en el lugar que debe ocupar son también objetivos de estas páginas. Por otra parte, quedaría incompleto este esquema preliminar si no se incluyeran entre los grandes ámbitos de estudio de la historia de la inteligencia los inevitables fallos, los límites y errores de todo tipo y el grado de perfectibilidad de una actividad tan sensible y determinante. Tal vez la reciente y monumental historia de la CIA publicada por Tim Weiner bajo el elocuente título de *Legado de cenizas* configure una de las odas más contundentes al desatino frente al acierto.

Desde los errores centrados en la poca información disponible o la ineficiente difusión del resultado de inteligencia en un lapso de tiempo oportuno, esta otra historia de lo perfectible traerá a colación episodios tan próximos a nosotros como la incapacidad de la inteligencia occidental por determinar la caída del Muro de Berlín, los errores en el análisis de los indicios de escisión de la antigua Yugoslavia, los monumentales desastres en operaciones militares concretas como Somalia o Irak, los peligros de los falsos amigos, así como las extrañas alianzas con futuros enemigos (mu-yahidines, iraquíes, etc.) o el cúmulo de ineficiencias detectadas en el transcurso de los análisis posteriores al 11-S. Todos ellos no son sino episodios contemporáneos, sobradamente conocidos, que hunden sus raíces naturalmente en la historia más remota, al entender que éxito y fracaso de la inteligencia son realidades de una misma materia.

En realidad, sería tarea inabarcable tratar de cuantificar y recoger en este libro todos los testimonios históricos que han perdurado hasta nuestros días acerca del valor, necesidad y uso efectivo de la información secreta a escala mundial. Ello requeriría un esfuerzo enciclopédico, viable solamente a través de un enorme proyecto interdisciplinar que integrase a numerosos investigadores, trabajando intensivamente y durante un largo período de tiempo. Sin embargo, dudo mucho que de esos resultados se dedujeran variaciones sustanciales de los fundamentos, bases y necesidad atemporal de la inteligencia y el secreto para cualquier esfera de gobierno. Por esa razón, los testimonios que aquí se ofrecen proceden de un esfuerzo de síntesis y selección, de entre

todos aquellos que he considerado más pertinentes, para comprender con ejemplos las múltiples dimensiones del estudio de la inteligencia, sin limitación de época o lugar. En gran medida, este libro se define, desde otra perspectiva, como un intento por abordar el fascinante tema de la organización de la información, como medio o recurso, para llevar a cabo de forma más eficiente y eficaz la defensa de todos los intereses (visibles o inconfesables) de un estado a lo largo de los siglos.

La tarea de escribir un libro requiere por parte del autor poner en práctica su método, disciplina y constancia. Pero también supone recibir ayuda, comprensión y ánimo. A lo largo de los años que me ha llevado la preparación del texto que el amable lector tiene en sus manos, han sido muchas las personas e instituciones, civiles y militares, que han posibilitado su gestación. Mi primera mención de agradecimiento es, por descontado, familiar. María José y mis hijas convivieron con documentos, personajes siniestros y fascinantes, escenas de batalla, microfilmes que contenían reproducciones fotográficas de tratados militares de los siglos XVI en adelante, múltiples imágenes digitalizadas y muchas horas de ausencia motivada por la investigación en archivos, bibliotecas y centros de documentación, españoles y extranjeros. A mis padres por su apoyo y comprensión. Hubo muchos profesionales e instituciones que me facilitaron su sabiduría académica y experiencia docente imprescindible. Otras me brindaron su ayuda técnica y especializada así como su conocimiento profundo del tema abordado. Otros muchos me obsequiaron generosamente con su amistad y dedicación. A Francisco, Nieves, Ignacio, Carmen, Alberto, Fernando Velasco, Josep María Felip, Julia Pulido, Rubén Arcos, Cristóbal Gil, Daniel Terrón, Javier Jordán, Carlos Ruiz Miguel, Jesús Tramullas, José Antonio Moreira, Pilar Azcárate, Luis Moreno, Agustín de Asís, Santiago Areal, Arturo Martín Vega, Arturo Ribagorda, Julio César Hernández, Juan Estevez, Carlos Olmeda, José Luis Manso, Fernando Ibáñez, Antonio Castillo, Verónica Sierra, Jaime Pereda, Laura Martínez, Fernando Cocho. A Manuel Ros, Rafael Fraguas, Fernando Martínez y Javier Juárez por sus amables indicaciones y enriquecedoras conversaciones. A Juan Goberna, excelente persona y magnífico in-

vestigador, que conoce como nadie lo que se ha publicado y se va a publicar sobre estas cuestiones.

Con Iván Moreno, conde de los Andes y Manuel Fuertes, barón de Gavín, he compartido muchas sobremesas, horas de trabajo y conversación en torno a la participación de los círculos monárquicos en materia de inteligencia. Por encima de ello son entrañables amigos y excelentes personas.

De forma muy especial quiero destacar mi reconocimiento a quien ha guiado fructíferamente mis pasos desde la época de estudiante. Miguel Ángel Esteban Navarro me aconsejó y sigue haciéndolo como el primer día: con rigor, con capacidad insuperable de trabajo bien hecho y con un afecto en lo personal que va mucho más allá de la mera amistad. A Jesús Jiménez le agradezco su amistad y su visión de las cosas, tan próxima a la mía.

A Sebastièn Laurent por su extraordinaria acogida en Burdeos. A Peter Jackson, David Kahn y Rose Mary Sheldon, por su participación en los seminarios que hemos organizado y de los que han salido brillantes ideas. Al personal del Cuerpo Facultativo de Archiveros, y a todos los trabajadores de los archivos consultados y citados en el listado de abreviaturas. Mi especial agradecimiento a José Luis Rodríguez de Diego e Isabel Aguirre que hicieron de mis estancias en el archivo de Simancas un observatorio privilegiado en materia de inteligencia durante la Edad Moderna. Al centro de Documentación del M.º de Defensa y muy especialmente a su directora, Anabel Cervantes. Desde el Departamento de Estrategia del CESEDEN, debo el teniente coronel Pedro Baños sus brillantes ideas y finos análisis. Sin salir del CESEDEN agradezco a todo el personal de la Biblioteca su inestimable ayuda y paciencia al satisfacer mis peticiones de usuario contumaz. A José Manuel García Ramírez y a Vicente Rico, quienes desde la biblioteca de la Escuela de Guerra en Madrid me brindaron una inestimable ayuda durante las muchas sesiones de trabajo pasadas en su gratísima compañía. En el Archivo Militar de Ávila y en el de Guerra Civil de Salamanca pasé muchas horas recopilando información y disfrutando de un servicio profesional ofrecido con enorme eficiencia por su personal. Con el teniente Guillermo Vicente compartí unas interesantísimas y muy agrada-

bles visitas al museo del Ejército del Aire y a él le agradezco su amabilidad y disposición. A Carlos Guerrero por su experiencia en la materia, sus conversaciones y su amenidad insuperables. Y de forma particular a Juan Ramón Castillo, con todo el cariño y gratitud por sus lecturas y relecturas, por ser mi amigo en suma. Esperanza Guerrero, con su bondad, generosidad, buen juicio y ánimo me ayudó y no poco. Enrique Sáiz, desde Valencia, leyó y relejó todo, ordenada y disciplinadamente y se lo agradezco infinito. Por último, Marcos de Miguel confió y avaló cuantos proyectos relativos al mundo de la inteligencia fuimos publicando o proponiendo en su editorial, Plaza y Valdés. Por su confianza y buen hacer, mi más sincero agradecimiento.